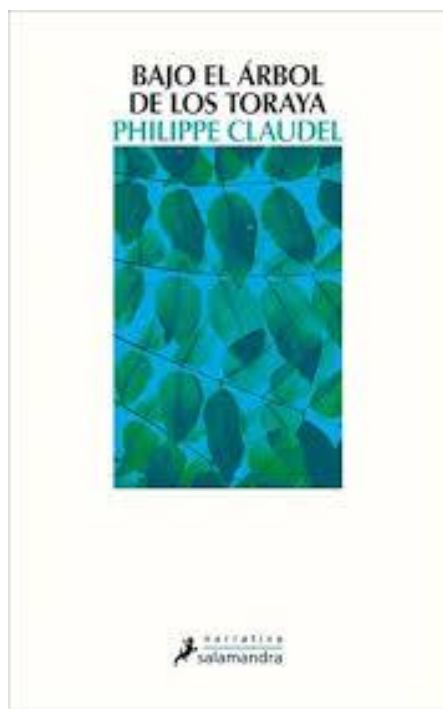


**La muerte *en la vida* y sus metáforas
(sobre *Bajo el árbol de los toraya* de Philippe Claudel)***

Clelia Moure
Universidad Nacional de Mar del Plata



Philippe Claudel (Nancy, 1962) es escritor, profesor en la Universidad de Nancy II y guionista de cine y televisión. Ha obtenido, entre otros, el premio Bourse Goncourt de la Nouvelle por *Petites mécaniques* y el prestigioso premio Renaudot por su novela *Almas grises*, editada en español por Salamandra.

Bajo el árbol de los toraya, su última novela publicada originalmente en 2016 y traducida al español en 2017 por José Antonio Soriano Marco, nos ofrece un recorrido por historias breves atravesadas por un tema común que las conecta como un hilo invisible pero

* Claudel, Philippe (2017). *Bajo el árbol de los toraya*. Barcelona: Salamandra, Traducción de José Antonio Soriano Marco. 173 p.. ISBN: 978-84-9838-782-7

poderoso: la vida y la muerte entrelazadas, alimentándose una de la otra, como el árbol de los toraya resguarda y al mismo tiempo se alimenta de los niños fallecidos durante los primeros meses de vida.

Los toraya viven en la isla Célebes, en el este de Indonesia. Cuando un toraya muere, se conserva su cuerpo en la sala familiar, se lo cuida y protege durante meses o años; finalmente, antes de inhumarlo en la roca de ciertos acantilados sagrados, se celebra el funeral, ceremonia festiva a la que serán invitados todos los familiares del difunto cuyo viaje, alojamiento y alimentación corren a cargo de los deudos, que a menudo contraen fuertes deudas para conservar la tradición. Pero en esta cultura marcada obsesivamente por la muerte, hay una sepultura reservada a los bebés: “En el tronco de un árbol imponente y majestuoso, se excava un hoyo. En su interior se deposita el pequeño cadáver envuelto en una sábana. El sepulcro leñoso se cierra con un entramado de ramas y tela. Lentamente, la madera del árbol vuelve a cerrarse y guarda el cuerpo del niño en su propio y enorme cuerpo.” (10).

Esta metáfora da comienzo y sostiene significativamente todo el texto, cuyas historias remiten, de modo secreto e insistente, a ella. El narrador mezcla los tiempos, vive y recuerda alternando la reflexión sobre el presente y la memoria de experiencias pasadas, felices o dolorosas, siempre intensas. Una frase puede resumir esta dinámica: “Nosotros, los vivos, estamos habitados por los rumores de nuestros fantasmas” (39).

La condición poética de la prosa de Claudel logra una delicada transición entre los fragmentos narrativos en primera persona y la técnica dominante: el monólogo interior. Por él transitan los protagonistas: Eugène, Florence, Elena; el recuerdo de su amigo y compañero de alpinismo, Gary, alcanzado por un rayo durante el descenso de las Damas Inglesas “dos centinelas de granito que cortan la elegante arista de Peuterey que se extiende por el lado italiano hasta la cima del Mont Blanc” (34). Gary estará durante tres noches muerto a su lado; el recuerdo de sus ojos abiertos y de la canción de los Rolling Stones que canturreaba mientras moría es una llaga abierta en la memoria; como el absurdo suicidio de su compañero de colegio Jean-Christophe. Las alternativas de la penosa enfermedad terminal de su mejor amigo y productor de sus películas –quien se despide de la vida con alegría y tenaz vitalidad– abren y cierran el relato, como si el deseo de vivir de Eugène fuera el sustento, la columna vertebral de esta novela.

El diálogo del narrador con su amiga y ex-mujer, Florence, con su joven amante, Elena, sus recorridos por la bella Venecia y por la tierra natal de Elena, Pula, en Croacia, le dan a la narración el contrapunto vital y afirmativo que

hace de esta novela una reflexión intensa y equilibrada sobre la vida y la muerte, sobre el tiempo y el deseo.

Un aspecto técnico relevante es el límite difuso –deliberadamente borroneado– entre la realidad y la ficción. El tratamiento autobiográfico de varios episodios narrados se amalgama con historias que sospechamos de factura ficcional en sentido estricto. Desde luego esta combinación nos enfrenta a una cuestión que la obra entera de Philippe Claudel potencia y desarrolla: la sutil e ineludible conexión de un escritor con su *otro*, con aquel que aparece representado por un “yo” ficcional que no termina de identificarse con el yo autoral pero tampoco es completamente ajeno a él. La dialéctica de identificación y diferencia entre autor y narrador se dibuja con una persistente falta: el nombre del protagonista. Un “yo” que insiste en auto-designarse durante toda la novela y en cuya interioridad el monólogo nos envuelve y nos compromete, pero cuyo nombre ignoramos.

No faltan las referencias literarias y cinematográficas que convocan otras representaciones del sentido de la existencia frente al paso implacable del tiempo: Proust, Borges y Bioy, Ismail Kadaré, Milan Kundera; las películas de Mankiewicz, y de Sergio Leone a quien el protagonista y narrador le debe su vocación y su deseo de hacer cine. El narrador evoca la perfecta mecánica narrativa de *El escritor*, de Roman Polanski y no le perdona a su amigo Eugène que se haya muerto sin ver *La gran belleza*, de Paolo Sorrentino. Mientras el relato avanza (o los múltiples relatos que se cruzan y conviven armoniosamente en este texto) nuestro protagonista escribe el guión de la película que tiene entre manos: *La fábrica interior*.

Como otras novelas y relatos de Philippe Claudel, la experiencia de lectura de *El árbol de los toraya* es intensa por su honda reflexión que bordea una temática humana ineludible –la muerte *en* la vida y sus metáforas– y por la delicada poesía de su prosa. Las imágenes visuales y olfativas (como en su libro anterior: *Aromas*) acompañan el recorrido de lectura y lo vuelven excepcional, otorgándole a la prosa narrativa la capacidad de producir un estremecimiento físico (como quería Antonin Artaud). Las breves historias narradas por Claudel y la intensa reflexión de su monólogo interior nos permiten recorrer activamente los espacios, percibir los aromas evocados y conectar estas historias con nuestra propia existencia. Todo texto es travesía, nos recuerda Roland Barthes; la novela de Claudel prueba una vez más esa afirmación por cuanto en su recorrido atravesamos espacios y tiempos diversos y heterogéneos, nos enfrentamos a nuestra precaria condición al tiempo que somos atravesados

por una reflexión que nos interpela y nos obliga a dar, provisionalmente por cierto, alguna respuesta.